LA CASA DE MAYNARD

Herman Raucher

Traducción de Bruno Álvarez Herrero

Para M. K.
Aún conmigo después de veinte años.
Gracias, amiga mía.

1

El tren se abría paso con determinación, apartando la nieve de los raíles, mientras, por delante, el punto de fuga seguía alejándose como una Lorelei juguetona. En las rectas la locomotora exhibía una confianza gozosa, y a veces aceleraba hasta alcanzar los dieciséis kilómetros por hora. Pero en las curvas se mostraba más cautelosa, en los túneles avanzaba a tientas y en los puentes sencillamente contenía la respiración.

Se trataba del ferrocarril Bangor & Aroostook, que transportaba patatas y de vez en cuando pasajeros, y recorría el pequeño ramal que unía Millinocket con Belden, prosiguiendo tambaleante, con sus rayas horizontales rojas, blancas y azules, hacia una inexorable extinción. En pocos años dejaría de existir. Todo esto tenía lugar en Maine, en el invierno del 72 al 73.

Dentro, envuelto como una tortuga en su caparazón en la parka que lo había abrigado durante un invierno y medio en Vietnam, Austin Fletcher se entretenía observando cómo desaparecía el vapor de su aliento tan pronto como lo exhalaba. El tren no disponía de calefacción y no había más pasajeros. Austin no tenía más compañía que la de su bolsa de viaje: FLETCHER, A. G., US 51070406. La había dejado a su lado en el asiento, y contenía todas y cada una de sus posesiones, de modo que, en más de un sentido, era lo único en lo que podía apoyarse.

Austin era un joven de veintipico con un aspecto físico que no tenía nada de especial, y tampoco poseía ninguna

característica particular que la gente recordase, más allá de su tendencia a no sonreír. Era esbelto, con unos rasgos armoniosos y el pelo castaño, y solía bromear sobre su capacidad para pasar desapercibido y le contaba a todo el mundo que, cuando estudiaba en el instituto, su clase lo había elegido como la persona con más probabilidades de caer en el olvido, y que su mayor talento era conseguir «perderse entre una multitud de dos personas».

El tren se mostraba vacilante pero perseverante —aminoraba, se detenía, aceleraba y avanzaba a duras penas—, y Austin admiraba el hecho de que, a pesar de que estuviera solo ahí fuera, no pidiera ayuda ni esperase recibirla. Sencillamente sabía lo que tenía que hacer y lo hacía. Austin se podía sentir identificado con un tren que tiraba para adelante de ese modo.

Pasaban las horas y el tren seguía su marcha casi con alegría, hasta que de pronto esa alegría se esfumó tajantemente, y, con el frenazo, la bolsa de viaje de Austin salió volando del asiento como para amortiguar su caída, y él aterrizó sobre ella con brusquedad.

Austin alzó la vista y vio a un hombre con una chaqueta de lana a cuadros recorriendo el vagón como si nada hacia la locomotora. Llevaba una pala en la mano y, al verle en el suelo, comentó innecesariamente:

—Nieve.

Austin respondió con un «ah», se sacudió el polvo de la ropa, volvió a sentarse y colocó de nuevo su fiel bolsa de viaje a su lado. Si había aprendido algo en el ejército era a no ofrecerse jamás como voluntario. Si alguno de esos cascarrabias de Nueva Inglaterra necesitaba ayuda para retirar la nieve, que se la pidieran. De lo contrario, se podían ir olvidando.

Al otro lado de la ventanilla vio a unos seis hombres con palas, todos dirigiéndose como peregrinos hacia la locomotora. Les deseó suerte en silencio, y pareció surtir efecto, ya que el tren no tardó en ponerse en marcha de nuevo con

varias sacudidas, reiterando su dominio sobre los elementos, impulsándose hacia el norte, hacia las entrañas de Maine.

Austin se dirigía a Belden. Belden, Maine, quedara donde quedara eso. En algún lugar que estaba cerca del monte Katahdin, al sur del lago Sourdnahunk, al norte del lago Pemadumcook, al oeste de los pueblos de Mattawamkeag y Millinocket, y al este de los lagos Chesuncook, Caucomgomok y Seboomook.

Los nombres le iban de un lado a otro de la cabeza como un canto indio, nada que ver con las nomenclaturas germánicas de su Cincinnati natal. Austin los conocía porque los había estudiado en el mapa, pero lo cierto era que no se habría atrevido a apostar que sabía cómo escribirlos. Y nunca entendería qué hacía un indio que se preciara en medio de toda esa nieve, puesto que siempre se había imaginado a los indios como gente de climas cálidos, vestidos tan solo con un taparrabos y gritando tras los bisontes.

Caía tanta nieve y era tan densa que Austin casi podía oírla por encima del lento traqueteo sordo del tren. Y era de un blanco tan resplandeciente que tuvo que ponerse sus gafas de sol oscuras. Al hacerlo, se le apareció la imagen de Maynard Whittier ante él. Maynard Whittier, que siempre llevaba gafas oscuras, hiciera el tiempo que hiciera. Rara vez se lo veía sin ellas y sin esa sonrisa suya traviesa y omnipresente.

Maynard Whittier, el agricultor de patatas de Maine. El agricultor de patatas fallecido que le había dejado en herencia a Austin la casa, a saber qué tipo de casa, cerca de Belden, al este, al oeste, al norte y al sur de todos esos lugares indios.

Austin se sacó el papel del bolsillo con reverencia, como si fuera un papiro centenario. Pero no era más que una hoja de una libreta con rayas azules, la esquina doblada y manchas de sudor; no era precisamente el tipo de papel que se suele elegir

para escribir un testamento. Tampoco databa de hacía siglos, sino que más bien tenía unos seis meses.

> Si muero, yo, el cabo Maynard Whittier, dejo a Austin Fletcher mi casa, en un terreno de aproximadamente 4,5 hectáreas, a unos 13 kilómetros al noroeste de Belden, Maine. También dejo a Austin Fletcher todo lo que haya en dicha casa.
>
> Escribo esto en posesión de todas mis facultades, a 23 de julio de 1972, en algún lugar de Vietnam.